

A mi madre, hijos, nietas y a todos los enfermos de parkinson.

Huellas en la arena

de

Ana Rosa Ruiz Redondo

Con paso lento y cansado va caminando por la orilla del mar Mediterráneo. Es un día de verano espléndido. El rey sol está en lo alto iluminando y calentando con sus rayos todo un paisaje ya conocido para sus ojos pero no por ello menos hermoso. El mar está en calma después de unos días de oleaje y viento fuerte. Su color es sencillamente indescriptible. Su pequeña alma de pintora encuentra en él tonos azules, verdes, morados y grises mezclados armoniosamente y llenando el inmenso lienzo. Las pequeñas olas vienen y van cual niños traviosos agarrándola de sus pies y retirándose tímidamente. Mirando al horizonte le resulta difícil distinguir dónde acaba el mar y dónde empieza el cielo. Apenas una ligera brisa la acaricia y refresca su precioso rostro surcado de algunas arrugas (heridas de múltiples batallas ganadas en su vida) La sigue estremeciendo observar tanta belleza y saberse parte de ella. Se siente insignificante ante tanta grandeza, una pieza minúscula dentro de este entrañable puzzle de millones de piezas. Sus pies deformados se hunden al caminar dejando sus huellas plasmadas en la arena. Con paso lento y cansado va caminando por la orilla del mar Mediterráneo.

“Este paisaje ha sido el decorado de mi vida. Cuando era niña mis padres y mis hermanos solíamos venir a la playa los días de verano. Eran tardes felices y tranquilas. Recuerdo los largos baños de mar junto a mis hermanos: nos encantaba estar dentro del agua hasta que se nos arrugaban las yemas de los dedos, se nos ponían los labios morados y tiritábamos de frío. La arena ha sido nuestro primer material de construcción. En la orilla siempre levantábamos fortalezas y castillos con torres y almenas que hubieran sido la envidia de príncipes y princesas. Durante horas, nuestras manitas moldeaban la arena húmeda cual cemento, transformándola en edificaciones efímeras que las olas se encargaban de derribar devolviéndola a su estado inicial. Para una niña como yo era todo un acontecimiento importantísimo ver a los pescadores ya en tierra sacar del mar sus redes (el copo). Tiraban con fuerza todos a una y poco a poco iba apareciendo en la orilla una enorme red cargada de peces: salmonetes, sardinas, boquerones...

Me recuerdo a mí misma abriéndome paso entre las piernas de las decenas de curiosos que de repente se acercaban y rodeaban el tesoro extraído de las profundidades del mar. Y ya en primera fila podía ver con claridad el colorido y la variedad de los peces y como éstos luchaban por regresar de nuevo al agua dando sus últimos coletazos. Los largos y calurosos veranos del sur tienen su antídoto en este mar generoso que nos proporciona frescor y alimento”

De pronto comienza a sentir pesadez en sus piernas, como si la tierra la atrajera con más fuerza que la ley de la gravedad, sus movimientos empiezan a ralentizarse como si se estuviera convirtiendo en estatua de sal. No hay sobresalto, para ella todo esto es ya de sobra conocido. Respira profundamente y siente cómo la brisa marina entra hasta sus pulmones inundándola de vida. Levanta la cabeza hasta poner su cuerpo lo más erguido posible, mira al frente y con la mayor dignidad posible camina de vuelta a su hamaca. Una vez en ella y aliviada se recuesta y descansa. Siempre lo consigue, siempre puede más su mente que su cuerpo. No importa dónde se produzca el apagón, en qué momento y lugar se paralice y se le acaben las pilas. Siempre consigue encontrar un pequeño refugio en el desierto de su enfermedad. Una vez a salvo toma la dosis necesaria que le permitirá volver a moverse con facilidad. La vuelta a la movilidad varía cada vez: puede producirse en unos instantes o pueden transcurrir horas. En cualquier caso los segundos parecen siglos cuando el dolor inunda su espalda y le atraviesa de norte a sur todo el cuerpo. Cierra sus ojos e intenta relajarse. Solo le queda esperar a que la química haga su trabajo.

“Mi niñez fue la de una niña feliz. Mis padres se encargaron de que así fuera. Eran dos personas de orden. Mi padre era un hombre culto pese a que nunca fue a la escuela. Totalmente autodidacta podía leer libros en latín. Un hombre serio del norte de origen paupérrimo que emigró muy joven desde un pueblecito de Soria hasta Argentina donde con mucho esfuerzo y tesón consiguió abrirse paso como contable en unos grandes almacenes. Y que volvió con sus pocos ahorros a un pueblecito del sur para casarse con su amada: una preciosa andaluza que había conocido antes de marcharse a Buenos Aires y con la que se había carteadado durante siete largos años. Recuerdo su perfecto castellano y su voz grave y pausada.

Todo un caballero que rebosaba sensibilidad y que se apiadaba de los que no tenían, como nosotros, la suerte de comer un plato diario. Ayudó a muchísima gente, era querido y respetado por todos los vecinos del pueblo. Su exquisita educación delataba una inexistente vulgaridad. Fue un hombre bueno que sufrió mucho en su niñez y juventud y que se fue demasiado pronto para poder disfrutar de su vejez. Mi madre es (digo “es” porque aún vive con sus noventa y nueve años) una mujer de una fortaleza admirable, una salud a prueba de bombas. Con su carácter fuerte nos educó con disciplina pero con mucho amor, nos ponía límites a la vez que nos daba alas. Nos encauzó a mis hermanos y a mí en el camino correcto y nos cargó los bolsillos de valores y de una pequeña parte de su gran sabiduría. Fue una gran intérprete al piano y por las tardes nos deleitaba con sus temas alegres mientras bailábamos y reíamos siguiendo el compás de aquella música celestial. Recuerdo a mis padres cogidos del brazo dando su paseo diario por las calles del pueblo. Eran esos largos paseos una fuente de comunicación inagotable, oxígeno imprescindible para toda relación que se precie. Eran un equipo y se adoraban. Siempre andaban regalándose mimos, carantoñas y palabras de afecto. Daba gloria verlos. Fuimos cuatro hermanos: el mayor fue varón, al segundo no pude conocerlo ya que murió con dos añitos antes de que yo naciera, yo fui la primera niña y más tarde nació mi hermana. Yo era la más alegre de los tres: me pasaba los días cantando, haciendo bromas y travesuras, o soñando despierta. Los tres hermanos tuvimos el privilegio de estudiar. Mi hermano mayor fue el primero en concluir sus estudios de magisterio, después fue mi hermana menor la que empezó a ejercer su carrera de maestra y yo no pude terminar de estudiar porque las circunstancias familiares me lo impidieron. Mi padre que siempre había sido muy frágil y delicado de salud, en trece días se fue para siempre. Quedamos en una situación económica muy difícil. Mis hermanos ya estaban ejerciendo de maestros, así que, me tocó a mí junto con mi madre, el tomar las riendas del negocio familiar abandonando para ello mis estudios. Con veintiún años me ví obligada a realizar un trabajo que no me gustaba, así que, intenté adaptarme como pude haciendo grandes esfuerzos por llenar de creatividad una actividad bastante tediosa. El contacto con el público me agradaba y los clientes siempre se iban contentos”

Como si un árbol comenzara a mover sus raíces y sus ramas, su cuerpo empieza a recobrar energía muy lentamente y sus músculos responden de nuevo. Siente como si la hubieran liberado de una armadura pesada y oxidada. El proceso es lento y segmentado: primero se mueven los dedos de sus pies, tobillos, rodillas, y su columna se libera vértebra a vértebra en sentido ascendente hasta llegar al cuello. Ha tenido suerte, la absoluta rigidez ha durado solo unos minutos. Siente que sus piernas necesitan moverse, por ello se levanta con dificultad y camina de nuevo por la orilla del mar. Observa a una pareja de jóvenes enamorados que viene en sentido contrario. Se abrazan y se besan con pasión.

“Mi juventud fue muy hermosa. Teníamos una pandilla de amigos muy numerosa. Aprovechábamos nuestro tiempo libre para disfrutar juntos de todo tipo de actividades: tocábamos en una rondalla, ayudábamos a los más necesitados con mantas, ropa y alimentos, cantábamos en el coro de la iglesia, ensayábamos durante semanas obras de teatro que después representábamos, nos reuníamos para charlar y jugar a todo tipo de juegos. Éramos una pandilla de jóvenes emprendedores, solidarios y sanos que disfrutábamos de todo con intensidad y alegría. En las fiestas del pueblo, durante el baile conocí a un joven que me agradó lo suficiente como para permitirle que me acompañara hasta mi casa. Insistió tanto en volver a verme que no solo consiguió una nueva cita sino que en tres años se convertía en mi marido. Me enamoré perdidamente, todo lo que se pueda enamorar alguien de otra persona. Por él sentía mariposas en el estómago, campanas celestiales con el primer beso, escalofríos al contacto con su cuerpo. Por él renuncié a vivir en mi querido pueblo cerca de mi familia y mis amistades; renuncié a mi trabajo, a mi vida. La boda fue sencilla y el viaje de novios un poco decepcionante. Desde el principio nada fue como me lo había imaginado. Mi vida cambió radicalmente: de vivir en un pueblo pequeño donde todos me conocían pasé a vivir en la ciudad fuera de mi círculo natural donde la soledad me consumía. Al no trabajar fuera, la casa se me venía encima esperando a que llegara mi marido de su trabajo. Afortunadamente a los dos meses de haberme casado quedé embarazada de mi primer hijo y esto me llenó de ilusión.”

A los nueve meses nació, con bastantes dificultades, un niño hermoso que me cambió la vida. Me dediqué en cuerpo, mente y espíritu a su crianza y educación. Y mi vocación de madre se vio de nuevo recompensada cuando a los tres años nació mi hija. Mi manantial de amor hacia ellos y mi marido era inagotable. Me sentía feliz porque la vida me premió con lo que siempre había soñado: una familia. Poco después algo vino a ensombrecer esta preciada e incontenible felicidad”

Se siente acalorada por el esfuerzo realizado al caminar y decide entrar en el agua. Se sumerge completamente en una especie de bautizo divino y experimenta un arco iris de sensaciones: la ligereza que le da la ingravidez, el frescor del agua en su cabeza, la visión del interior del mar y su silencioso sonido...

“Tenía treinta y cuatro años cuando una día, al sacar a mi hija del baño, sentí que mi brazo izquierdo no me obedecía. Acudí al médico de cabecera y éste me mandó al traumatólogo y éste al cardiólogo y éste al neurólogo. A estas alturas yo ya me había comprado un libro de medicina y estaba al tanto de las distintas respuestas que podrían darme. Pruebas y más pruebas y, por fin, después de meses de búsqueda, me dieron el diagnóstico. Recuerdo la cara del buen doctor preguntándome: -¿Cuántos años dice que tiene?-. -Treinta y cuatro-le respondí. - No es posible, es demasiado joven. Usted presenta algunos de los síntomas de la enfermedad de Parkinson, lo que llamamos parkinsonismo”

Sale de nuevo a la superficie con el agua resbalándole por su cuerpo y se pasa las manos por la cara. Ahora comienza a nadar de espaldas hacia el interior. Con su brazo izquierdo avanza tanto como con el derecho.

“En lo primero que pensé fue en mis hijos. Eran pequeños aún. ¿Podré encargarme de ellos? Salí de aquella consulta con mi tratamiento y mi diagnóstico en un sobre. No pude evitar llorar durante todo el día. Cuando mi marido regresó del trabajo le di el sobre con el diagnóstico para que lo leyera. No hizo ningún comentario.

Ese día pensé que tendría que llevar mi enfermedad en soledad. El tiempo me demostró que aunque ese hombre no estaba capacitado para compartir este peso conmigo, serían muchas las almas que me ayudarían en mi camino. Desde entonces todas mis energías se han concentrado en una sola idea: luchar con todas mis fuerzas para que la enfermedad no me gane ni una sola de las batallas ni consiga invadir el mapa de mi cuerpo. Intentar contener durante el mayor tiempo posible un improvisado dique que impida que esta horrible lava se desborde y me inunde para siempre. Día a día, mi vida se ha convertido en un pulso constante con mi enfermedad y he logrado retenerla y mantenerla a raya durante treinta años. He tenido horas malas en las que he deseado abandonar, pero siempre he logrado levantarme y continuar mi marcha. No he cedido ni un centímetro ante el gigante; me he mantenido en mi puesto, en primera línea. Y he luchado con todas mis armas para seguir siendo independiente y no descargar en los demás mi sentimiento de impotencia. Este maremoto ha arrasado mi vida poniendo todo del revés. Cuando salí de aquella consulta con el sobre en la mano, no volví a ser la misma. Me convertí en una pacífica guerrera que no estaba dispuesta a dejarse vencer. Con los años estoy aprendiendo a convivir con mi enemigo. No es nada fácil porque es caprichoso, insolente, oportunista y tiene un gran afán de protagonismo. Pero le estoy agradecida porque me ha dado la oportunidad de descubrir un universo al que los tocados por él tenemos acceso. Un estado de conciencia privilegiado en el que cada respiración, cada paso que se da, cada beso o caricia que se recibe, cada minúsculo detalle de esta vida se valora como lo que es: un auténtico milagro.

Un poco fatigada por el tremendo esfuerzo sale del agua, coge su toalla y se seca el rostro. Siente el sabor de la sal en sus labios. A lo lejos distingue a sus hijos con sus parejas y a sus nietas que acaban de llegar a la playa. Su rostro se ilumina con una sonrisa. Sus nietas corren hacia a ella y la abrazan y besan.

“Gracias, Vida, por haber sido tan generosa conmigo y haberme dado tanto”